

PRÓLOGO

ANTONIO MARTÍN PUERTA

*Profesor Titular. Director del Instituto CEU de Humanidades Ángel Ayala,
Universidad CEU San Pablo.*

Cuando a finales de julio de 1914 estalló la que posteriormente se llamaría Gran Guerra, el paisaje ambiental en los principales países europeos ofrecía una imagen bien distinta de lo que vendría a prevalecer a partir de tan sólo cuatro años más tarde. Distintos nombres han venido a identificar aquellos momentos previos: la *Belle Époque*, las prórrogas de la Gran Bretaña victoriana, la rápida modificación de la economía rusa, el *Kaiserzeit*... Momentos todos ellos de optimismo ambiental en los que apenas se podía concebir una catástrofe como la que iba a sobrevenir por lo que, en inicio, no era sino un conflicto localizado en los Balcanes, una zona del extrarradio de Europa, nunca particularmente paradisíaca. Pero ya se sabía que el sistema de alianzas trabado desde el siglo anterior tenía sus implicaciones, que funcionaron matemáticamente, aunque nadie pensaba que las repercusiones serían de tal calibre.

Los resultados son conocidos: tres imperios europeos devastados además del turco, una crisis posterior generalizada, movimientos revolucionarios nunca antes previstos, sociedades tradicionales en completa quiebra, aparición de nuevas naciones con horizonte aún incierto y una situación general de incertidumbre. Ello por no insistir en lo ocurrido en Alemania y Austria, donde la guerra perdida supuso además un terremoto de tipo social y político, añadido a las pérdidas territoriales, particularmente graves en el segundo caso. En verdad tuvo que ser traumático para un ciudadano medianamente conservador, o simplemente afecto a la vida rutinaria, de alguno de estos dos países, comparar el antes y el después. Ciertamente parecía que el mundo se había hundido. Sublevaciones bolcheviques en Alemania, milicias armadas enfrentadas en las calles, una república con no muchos republicanos de corazón y una situación económica caótica. Austria, rebajada a unas dimensiones territoriales y a una población mínimas, buscando sobrevivir inicialmente a partir de la unión con la Alemania socialdemócrata –el *Anschluss* pronto prohibido por los aliados–, radicalmente fraccionada entre socialdemócratas y socialcristianos, además de los grupos afectos a peligrosos y crecientes entusiasmos proalemanes. Todo ello en medio de tensiones de todo tipo y profecías

de mal agüero que –por mera casualidad y mala suerte– se terminaron cumpliendo.

Las reflexiones sobre el antes y el después del conflicto, casi siempre efectuadas desde un pesimismo ambiental, no podían dejar de reflejar la penosa situación posterior a 1918. En esos momentos un desconocido profesor alemán, Oswald Spengler, vino a publicar un texto cuyo título no pudo resultar más efectivo, pues hacía referencia ya no a la crisis, sino a la caída de la civilización de Occidente. De pronto las miradas se dirigieron hacia el autor de una obra que en los años previos era completamente ajeno a la intelectualidad reconocida, pero que ahora parecía ofrecer las claves interpretativas del desastre. Más aún: desarrollaba un sistema de filosofía de la historia donde se permitía predecir acontecimientos que aparecían como inevitables, basándose en un molde determinista acuñado a partir de sus observaciones sobre datos históricos, y añadiendo devastadoras críticas acerca de la situación del momento. Y en verdad no eran pocos, dentro y fuera de Alemania, los que pensaban que era el fin del Occidente conocido. Lo que se asociaba, naturalmente a los resultados de la guerra y a sus consecuencias. Algo aprovechado hasta el límite por Spengler, pero que, en realidad no estaba en la base de su razonamiento. De hecho, sus ideas ya habían sido acuñadas antes del fin del conflicto, y simplemente pretendía decir que la civilización occidental incluía –ya antes de la guerra– los suficientes elementos de erosión como para verse abocada a una seria crisis. Desde una perspectiva bien distinta, y a través de distintos textos, el también alemán Philip Blom ha venido a dar la razón a Spengler en lo que es su premisa básica: la revolución cultural ya estaba básicamente hecha antes de la contienda y vino a consolidarse en el período de entreguerras.

Sin embargo, añorantes expresiones como las que pueden encontrarse en Stephan Zweig en su conocida obra *El mundo de ayer*, venían a dar el tono definitorio: «Era un mundo ordenado, con estratos bien definidos y transiciones serenas, un mundo sin odio». Efectivamente la guerra vino a cambiar todo del modo más drástico, pero no habían faltado los observadores que habían detectado signos de caída muchos años antes. El mundo conservador había señalado ya desde hacía tiempo serios elementos de crisis, aunque no en la triunfante Alemania del *Kaiserzeit*, sino en la traumatizada Francia de la III República. Maurice Barrés había señalado el desarraigo intelectual, Charles Maurras la crisis política, social y cultural de esas fechas, y el conservadurismo católico era consciente de la segregación y pérdida de papel de la Iglesia y de los principios tradicionales. Todo ello fuera de Alemania y antes que en este país, pues en Francia la alegría de la *Belle Époque* convivía con un estado de desasosiego y excitación del pensamiento conservador. De lo que nada debían a Alemania, salvo la derrota militar de 1870, que ya había provocado un terremoto en la Francia tradicional.

Por supuesto los acontecimientos de los años veinte –*the roaring twenties*–, parecieron dar la razón al pensamiento reactivo: crisis moral, numerosas caídas de familias tradicionales, inestabilidad económica y política, breves espacios de recuperación y tensiones de todo género vinieron a ser los elementos del paisaje. De hecho la hecatombe de 1918 y las crisis conexas venían a elevar todos los elementos de crisis a unos niveles inesperados y además con una extensión nunca prevista. Pues 1918 fue un antes y un después. Era la desaparición de la época del paradigma liberal, ya semienterrado con las necesarias intervenciones económicas de los diversos estados en la posguerra, y que a partir de la crisis de la crisis de 1929 vino a sucumbir definitivamente. Los acontecimientos posteriores vinieron a confirmar la inestabilidad de la época: caída del sistema de Weimar en enero de 1933, de la frágil democracia austríaca en 1934 y guerra civil en España en 1936. Por tanto no es de extrañar que las alusiones a la decadencia de la civilización occidental fueran tan reiteradas.

A un siglo de distancia del fin de la Gran Guerra el grupo de profesores que aparece en las páginas siguientes ha venido a ofrecer un conjunto de reflexiones conexas con los acontecimientos aludidos. Especializados en diversas materias académicas –la política, el derecho, la historia, la literatura, la filosofía moral– han entendido que el centenario no podía quedar sin ser seguido de las reflexiones pertinentes. Pues se trató de un antes y un después, pero sus resultados perviven en no pocos casos, y nuestra época es inevitable consecuencia de aquella crisis.

La editorial Dykinson, siempre tan sensible a los pronunciamientos de las ciencias sociales, ha venido a acoger este conjunto de reflexiones, que, a un siglo de distancia, conmemora el hecho histórico y a la vez explica nuestra realidad cotidiana.

ANTONIO MARTÍN PUERTA